



Problemas del continuo temporal y de la impresión originaria en las *Lecciones*

Savignano, Alan Patricio (UBA)

La intención de esta ponencia es plantear un problema sobre el concepto de la impresión originaria en la teoría husserliana del tiempo según su presentación en las *de fenomenología de la conciencia interna del tiempo*. Entre otras características, la impresión originaria, que otorga la fase ahora de una unidad temporal, se define por ser un límite ideal infinitesimal entre las demás fases y ser el punto-fuente de la individualidad en el orden temporal. Quiero mostrar aquí que la postulación simultánea de estos dos roles de la impresión originaria no es de fácil compatibilidad, cuando se piensa, en vistas de la constitución del tiempo, la necesidad de cada uno por separado y la unión indisoluble que Husserl les atribuye a ambos. En síntesis, el inconveniente reside en que un límite infinitesimal no tiene un valor mensurable preciso en su extensión, al mismo tiempo que tiende a la desaparición; por lo tanto es imposible pensar que la impresión originaria portadora de un linde infinitesimal pueda construir puntos únicos, individuales e inmovibles en el orden temporal tanto inmanente como trascendente. Veremos a lo largo de mi trabajo por qué y que supone la emergencia de este escollo teórico.

Para comenzar, es conveniente enmarcar el problema en una exposición más general de la impresión originaria y del campo temporal originario donde ella se inserta. La protoimpresión es una de las fases del campo temporal, junto a la retención y la protensión. El campo temporal originario es el nombre que utiliza Husserl para nombrar a la estructura temporal apriorística a la que todo fenómeno está sujeto en su afección a la conciencia. Este es el origen absoluto, i.e., no dependiente de ninguna instancia fundamental anterior, del tiempo subjetivo y objetivo. Se conserva en su forma en todos los estratos de constitución del tiempo: el del flujo de la conciencia interna, el de las unidades inmanentes, como los datos sensoriales y vivencias individuales, y en el de los objetos empírico-trascendentes.

Tomemos en consideración la estructura y los rasgos temporales de una unidad temporal inmanente, como puede ser el aparecer de una nota, para describir la esencia del campo temporal. Según Husserl, los contenidos de aprehensión y la vivencia de los mismos

son fenómenos decursivos. Esto significa que sus mudanzas se dan bajo formas temporales, tales como la sucesión, la duración, la simultaneidad, etc. Por ejemplo, un sonido comienza en un determinado momento, dura una extensión determinada de tiempo, suena conjuntamente con otro sonido sólo durante un fragmento de aquel primero y es seguido por un tercer sonido nuevo. Asimismo, la percepción que capta el sonido también expone las formas temporales de los datos hiléticos.

En el análisis de un sonido que suena, el fenomenólogo es capaz de distinguir tres fases temporales nítidas: la fase de lo recién transcurrido, de lo que está transcurriendo y de lo que aún no transcurrió. De estas tres fases está compuesta ineludiblemente toda unidad temporal. Los conceptos de pasado, presente y futuro encuentran su gestación en esta división tripartita de fases y se presentan como cortes discretos indisociables en el darse de una vivencia. Para que un fenómeno inmanente nos sea dado, debemos percatarnos en conjunto de estas tres fases constituyentes como actuales, dado que los fenómenos decursivos son “continuidad[es] de constantes mudanzas que forman una unidad inseparable e indivisible en trechos que no pudieran existir por sí”. El campo temporal es el “presente viviente” de la conciencia, a pesar de que parte de lo que aporta no pertenezca a la donación del puro “ahora”. En cada acto debe haber, pues, tres “intenciones” identificables que aprehendan en conjunto las tres fases temporales. La retención preserva la conciencia de lo pasado; la protoimpresión, de lo ahora; y la protención, del advenir. Protoimpresión, retención y protención son la percatación de las fases temporales que conforman las vivencias y los datos sensoriales. En sí no tienen propiedades de tiempo, sino que son los ingredientes constituyentes de todo tiempo; son las responsables de nuestras “conciencias de” pasado, presente y futuro. Las modificaciones de la retención y la protención son intenciones no temáticas, a diferencia de lo que sucede con la rememoración y la expectativa. Como muchos comentadores advierten, la distinción entre contenido y apercepción del mismo colapsa en los análisis de las partes básicas del campo temporal originario. No encontramos ninguna constitución de objetividad, si sólo analizamos separadamente el campo temporal.

El campo temporal, dijimos, expone *grosso modo* fases discretas. Entre ellas hay una que cumple el papel de núcleo de todas, el motor de la maquinaria decursiva del tiempo, a saber, la protoimpresión o impresión originaria. El *puro presente vivo* es aquello que la impresión originaria atesora, y en virtud de este hecho su naturaleza es un mutar

incesante. El cambio, en primer lugar, es la modificación de presentación a despresentificación, cuando el ahora pasa a ser un ahora pasado, ausente, ya transcurrido. Escuchamos un sonido que mantiene intactas sus cualidades sonoras pero transcurre. El “ahora discurrido” queda retenido por la retención. La retención, a su vez, a medida que el sonido sigue avanzando, deviene en retención de retención. Se forma, entonces, una cadena de retenciones en perpetuo aumento. Cada “presente sido” nuevo retiene en él todos los presentes pasados anteriores. Los momentos transcurridos ganan continuamente distancia con el presente de la impresión originaria o, en otras palabras, las retenciones se van hundiendo en el pasado hasta llegar a la inadvertencia. La retención, en constante ampliación y variación, está siempre atada a la impresión como si fuese la cola de un cometa. "Cadena de retenciones" y "cola de cometa", dos metáforas para mencionar la despresentificación del pasado que por momentos no son cien por ciento compatibles. Por otro lado, entre impresión y retención se solapa la variación de la percepción a la no-percepción del fenómeno inmanente. Dada la ley de modificación, que comanda una declinación constante a partir de la impresión originaria, el declive sucede de manera gradual entre la presentificación de la impresión y la despresentificación de la retención. En suma, la protoimpresión se da con un horizonte o halo o entorno temporal de despresentificaciones (retención y protención), y todo esto en conjunto forma el campo temporal originario.

Es hora de detenerse en la protoimpresión e identificar sus características propias.

1. Protoespontaneidad de la conciencia.
2. Esfera de claridad y distinción.
3. Límite ideal infinitesimal.
4. Eje fijo del orden temporal.
5. Fuente de individualidad.

En primer lugar, tal como se expone en el *Ápndice I de Lecciones*, la impresión originaria es la fuente de toda novedad en la vida de la conciencia, el espacio de autodanación del ser, es decir, el lugar de “la protoespontaneidad de la conciencia”. Lo que aparece en el ahora está fuera de toda modificación, puesto que es el inicio absoluto de la

vida consciente; más bien, este es el punto de partida de las modificaciones de la conciencia. A partir de la protoimpresión, inician en dirección retroactiva los cambios retencionales y con ellos el escorzamiento. No hay nada producido por la conciencia en la protoimpresión; en cambio, la conciencia se dedica a desplegar lo engendrado en el origen.

El campo temporal, explicamos, es un continuo que tiene su inicio en la protoimpresión y su posterior modificación en una cadena retencional. En el curso del continuo, la impresión originaria sufre, además del devenir en fase que ya ha transcurrido, su pérdida de presentación. Como segunda característica, la impresión originaria es el pico de donación “en persona” de un fenómeno, que inmediatamente decrece. Se puede postular una gradualidad que va desde el número 1, máximo nivel de presentación (protoimpresión), al número 0, máximo nivel de despresentificación (retenciones lejanas). En este sentido, no existe mayor plenitud de un objeto, sea inmanente, sea trascendente, que su momento ahora. Asimismo, la fase protoimpresional provee de una distinción extrema: es decir, los detalles de las diferencias en los datos hiléticos son inigualables durante el “ahora”. Luego, a causa de la ley de modificación, la distinción se desdibuja y contrae.

En tercer lugar, en relación con el rasgo recién mencionado, la protoimpresión es pensada por Husserl como un límite. La impresión originaria delimita en la continuidad del campo temporal fronteras con la retención y la protención, i.e., el pasado y el futuro originarios. No obstante, este límite no es de ninguna manera nítido. Resulta imposible identificarla con precisión en el continuo temporal. Por eso es que Husserl asevera que la impresión originaria es un límite infinitesimal y también ideal, es decir, posee una extensión infinitamente pequeña, en continua aproximación al cero. Hay algo de paradójico en el hecho de que la fase que ofrece un máximo de distinción y claridad de los datos hiléticos no tiene ella misma una extensión exacta.

He dicho que el tiempo es descrito por Husserl como un continuo de retenciones, impresión y protensiones organizadas según criterios de anterioridad, simultaneidad y posterioridad. Con esto me refiero a que todo fenómeno es ubicado en una coordenada temporal que forma parte de la totalidad organizada del tiempo inmanente y del trascendente. De manera que el tiempo es rígido en lo que respecta a los lugares que el flujo va gestando, no obstante fluye interminablemente. El punto-ahora aporta un eje inamovible y absoluto al campo/continuo temporal que abarca toda la vida de la conciencia. La impresión originaria es el punto de referencia desde el cual se mide la distancia temporal

primariamente entre retención e impresión, luego entre retención y retención, protensión e impresión, etc.

La capacidad de la protoimpresión de realizar esta actividad se debe a una última característica de la misma: ser el origen de la individualidad. “La cuestión de la identidad del lugar de tiempo”, escribe Husserl, “está conectada con la de la identidad de un objeto en el tiempo”. La fase ahora produce la unicidad de los contenidos de aprehensión. Husserl extrae esta conclusión del análisis de un sonido que mantiene invariables su tonalidad durante un fragmento extenso de tiempo. Considera él que, a pesar de no tener variaciones en las cualidades hiléticas extratemporales, el datum discurre, y un ahora del sonido pasa a ser retenido, y luego deviene en retención en retención. Hay aquí una creación de la individualidad del “éste” y lugares absolutos del tiempo, que, a pesar del encubrimiento pasivo que pueden sufrir ulteriormente por el desdibujamiento y la contracción, en sus orígenes gozan de una discreción entre ellos.

Ya estamos en condiciones de ver el escollo que conlleva la descripción de la impresión originaria dada hasta aquí. Es posible resumirlo en la siguiente pregunta: ¿Cómo puede suceder que la impresión originaria, que posee un límite infinitesimal ideal, el cual, cuando más nos acercamos para delimitarlo, más tiende a esfumarse, pueda ser razón de individualidad y, luego, de puntos absolutos e inamovibles del orden temporales? Encontramos aquí un problema entre la noción de límite ideal de un continuo y la de individuo simple constituyente del continuo. El último propone una discriminación nítida entre los puntos, mientras que el primero es incapaz de ofrecer una división precisa de sus partes, pues un límite infinitesimal ideal acarrea la posibilidad de encontrar nuevos valores más próximos al cero para él. No resulta simple comprender cómo de aquello que no goza de un término nítido, entonces, se constituye un orden de unidades discretas.

La problemática se manifiesta también en un conflicto en la terminología conceptual y metafórica que Husserl utiliza para analizar el campo temporal. Hay una disonancia entre un lenguaje de la puntualidad y otro de la continuidad. Fijémosnos que se habla tanto de fases como de puntos temporales para describir la protoimpresión, las retenciones y las protenciones. No necesariamente una fase tiene un valor puntal, ni tampoco un punto abarca toda una fase. Asimismo Husserl menciona las metáforas de la “cadena de retenciones” y del “halo del cometa”. La imagen de una cadena implica una serie de eslabones fácilmente discriminables entre ellos; en cambio, la cola del cometa aporta una

indiferenciación de los componentes rocosos que forman al cuerpo celeste. Hay un conflicto teórico que se refleja en un conflicto terminológico entre las nociones próximas a la continuidad y las próximas a la discreción.

Debo admitir que estoy usando en mi crítica dos presupuestos exegéticos cruciales: en primer lugar, resto importancia al carácter abstracto de la impresión originaria como parte del continuo temporal y, en segundo lugar, interpreto a la unicidad en términos de partes simples.

Respecto a lo primero, ante nuestra dificultad se puede abogar que el método fenomenológico sólo alcanza a describir a la impresión originaria como componente abstracto del campo originario temporal, del cual todo lo que se diga de él debe mantenerse en ese plano de idealidad analítica. El acto de reflexión es aquel que nos da lugar a poder examinar una unidad temporal inmanente y desentrañar de ella sus estructuras temporales formales. Es claro que se ha perdido la vivacidad y dinámica del acto, cuando se lo transforma en el objeto intencionado de una reflexión. Recordemos que hemos dicho que las fases del campo temporal no proporcionaban una conciencia temática, pero la reflexión sobre ella sí las vuelve un objeto de nuestro pensamiento. Esto trae nuevas dificultades, porque la medición quizás sólo es aplicable a objetos. Por ende, ¿cómo podemos discutir sobre la extensión de la impresión originaria, si esta es mera conciencia no-tética del momento ahora, y además no tiene rasgos temporales en sí? Atribuirle una naturaleza ideal y abstracta aparenta ser una solución. Sin embargo, aún en este plano, la noción abstracta de impresión originaria continúa teniendo el conflicto teórico de no poder resolverse completamente ni como un límite ideal infinitesimal ni como punto gestador de individualidad.

En relación al segundo presupuesto, si se la recuerda, este problema tiene una gran resonancia con la segunda antinomia [A434-5] [B462-3] de la *Crítica de la razón pura*. Obviamente no se trata aquí de operar con la razón sin el uso de intuiciones empíricas, pero el estudio fenomenológico de la impresión originaria cae en un escollo similar a la antinomia entre la tesis de que una sustancia compuesta se compone de partes simples y la antítesis de que ninguna cosa compuesta consiste en partes simples. Traduzcamos este conflicto de proposiciones a nuestro asunto. La característica de ser un límite infinitesimal ideal implica la idea de que la impresión originaria no es algo simple o que, toda vez que se quisiera, se podría reducir a una extensión aún más pequeña. Si escuchamos un sonido que

está emitiéndose, percibimos en él una fase auténticamente actual, que tiene la peculiaridad de modificarse inmediatamente en fase inactual. Precisar el punto justo donde se guarda la presentación plena del objeto parece ser una tarea imposible: el sonido en constante retirada no permite un examen estático, es decir, una demarcación precisa de sus fases discretas. La gradualidad del continuo no nos habilita a ubicar con precisión el punto cumbre de la presentación, es confusa en los fragmentos que comparten una porción de presentación y despresentación, y no presenta dificultad en las retenciones que traen a la conciencia lo que está totalmente ausente. Sin embargo, la discreción de fases en el continuo temporal existe y es percibida, rememorada, imaginada, etc. Hay partes constituyentes indicables en el campo temporal. Además, al fin y al cabo, del campo temporal originario se constituye el orden del temporal inmanente: la impresión, al modificarse, deja un lugar, un eslabón, en la cola de retenciones. Cada eslabón de la cadena es un punto individual del continuo temporal. ¿Acaso debemos pensar a estas ubicaciones temporales como partes simples constituyentes?

En fin, la base para la discusión del conflicto entre el papel de límite infinitesimal ideal y el de fuente de individualidad/unicidad de la impresión originaria están planteados. Creo que nuestro escollo es una expresión de un problema mayor, a saber, si hay que entender el campo temporal originario como un orden continuo de límites difusos o como un orden discreto con partes simples. En mi opinión, Husserl en los textos de las *Lecciones* pasa de una consideración a otra según el momento. Esto es en parte admisible, porque sabemos que, por un lado, las *Lecciones* son una compilación de textos diacrónicos y, por otro, son el intento novedoso de conceptualizar el campo más originario de la constitución de la vida de la conciencia. No obstante, nuestro problema está presente en las páginas de este libro. Dejo la cuestión abierta para la discusión aquí y fuera del marco de estas jornadas.

Bibliografía

- Bernet R., *Introduction to Husserlian Phenomenology*, Illinois Northwestern University Press, 1993.
- De Warren N., *Husserl and the Promise of Time*, Cambridge, Cambridge University Press, 2009.
- Husserl E., *Lecciones de fenomenología de la conciencia interna del tiempo*, trad. Agustín Serrano de Haro, Buenos Aires, Trotta, 2002.
- Mensch J. R., *Husserl's account of our consciousness of time*, Milwaukee, Marquette University Press, 2010.
- Michalski K., *Logic and Time*, Springer, Dordrecht, 2001
- Yamaguchi I., Lohmar D. (Editores), *On Time - New Contributions to the Husserlian Phenomenology of Time*, Dordrecht, Springer, 2010.